

PUBLICACIONES **Cinema**



VICTOR
Mc. LAGLEN con
WILLIAM GARGAN
PAUL KELLY •EN•



cuatro
AMIGOS

7-1-4

CUATRO AMIGOS

THE DEATH PARTY 1938

BASADA EN LA PELICULA DEL MISMO NOMBRE

DIRIGIDA POR

RAY MC. CAREY



UNA PRODUCCIÓN



DISTRIBUIDA POR

HISPANO AMERICAN FILMS S. A.

Mallorca, 220 Teléfono 83035 BARCELONA

Argumento narrado por

PUBLICACIONES CINEMA

PRINCIPALES INTERPRETES:

VICTOR MC. LAGLEN

William Gargan

Paul Kelly

Beatrice Roberts

Frank Jenks

John Galleudet

Samuel S. Hinds

Arthur Hoyt

EN PREPARACIÓN:

MARES DEL SUR, interpretada por
JOHN WAYNE y DIANA GIBSON

TALLERES GRAFICOS
VDA. M. BLASI - BARCELONA

PROHIBIDA LA
REPRODUCCIÓN

CUATRO AMIGOS

ARGUMENTO DE LA PELICULA

EXORDIO

Débilita, ocho años, inocente, graciosamente desahogada como un bullicioso y strevids pichón que abandona el seguro refugio del nido paterno para probar, en un vuelo primario, la consistencia de sus incipientes alas, Elena bajó la escalera de tabla del patio, enderezóse, muy sericita, hacia una buhardera que se abría a ras del suelo y que comunicaba con el sótano del mismo cuerpo de edificio que habitaba, alzó la cubierta de movimiento vertical y metiéndose al través de ella, desapareció a dentro de un salto.

Se había deslizado por sobre de una rampa de tabla colocada allí con evidente propósito de que oficiase de puente entre el nivel del suelo exterior y el piso del sótano. Al parecer, ese medio tan ingenuo de introducirse allí furtivamente, no era la primera vez que lo empleaba. Hallóse en un cachitil de proporciones reducidas, miserablemente amueblado, a cuya escasa luz la niña alcanzó a ver sin vacilación, colgando de la pared, una tabla locamente cortada y carcomida, de forma oblonga y semejante a esos rótulos con que las casas comerciales acostumbran anunciar su marca al lado de la puerta. En la tabla en cuestión podían leerse, trazados por mano torpe, estos cuatro nombres masculinos:

Marino, Pepe, Cayetano, Carlos.

La niña mocosa se empinó sobre la punta de sus pies y, descolgando la tabla, escribió en ella un quinto nombre: Elena.

Luego tomó la tabla a su alita, y dijo, enterrando los morriños con gracioso enturruñamiento infantil:

—Yo quiero ser de la partida, y lo seré.

Antes la niña efectuó su inscripción en la singular tablilla, alzóse la tapa de la buhardera y, saltando a través de ella,

Introdujéronse en el cuchitril cuatro chicos, cuatro pilluelos de la calle, desmembrados, desgraciados y simpáticos: eran los cuatro héroes al servicio de cuyos nombres Elena acababa de escribir rudamente el suyo en la tablilla y que para emular las gestas de los grandes héroes de novela se habían constituido en pandilla, sentando su guarida en aquel subterráneo que llamaban «La Cocina del Diablo».

Martin, el mayor, crecido en capitan, al ver a la niña allí, ahucóse la melena con altivo ademán de airado jefe indiscutible y desahogado, y estalló:

—¿Otra vez? ¡No te dije en otra ocasión que no nos hacen falta mujeres?

Por toda contestación, Elena señaló con su diminuto índice la tablilla, luego se puso graciosamente en jarras y repuso:

—Yo quiero ser de los vuestros: ya no me podéis borrar de allí.

—No, de allí no; pero sí de aquí.

Y haciendo y diciendo, Martín cogió a la niña del brazo y la echó por el mismo camino por donde había entrado.

Resuelto, viraz, enérgico y leal hasta el heroísmo, ordenó a sus amigos, con un ademán imperativo, que ocupasen su asiento alrededor de la mesa, y sin sospechar que Elena se había quedado agazapada en la bahucera de entrada e iba a oír sus palabras, dijo con aire atrevido de supercalidad:

—Dicen que la fruta es muy buena para el crecimiento de los niños; se trata, pues, de ir a robar un cajón de melocotones de los almacenes del muelle.

—¡Corta! —aprobaron a coro los tres mozos restantes— Pero, oye: ¿qué vamos a hacer con los guardias?

—Oíd mi plan: vosotros os encargaréis luego a un montón de pala o de sacos de primera que se ca pegan muy fuertes de alguno de los almacenes vecinos al de la fruta; con la alarma acudirán allí los guardias, entonces Carlos y yo entraremos donde están los melocotones y nos apoderaremos de cuanto se nos antoje sin el menor peligro. ¿Se aprueba?

Los tres pilluelos restantes alzaron la mano con unanimidad formando un pequeño círculo con el índice y el pulgar unidos. Era el signo de la banda por medio del cual se daba la aprobación y se prometía perfecta fidelidad. Esta fórmula, junto con la prohibición a las mujeres, es decir, a las niñas, de formar parte de la banda, constituían el eje medular de la futura organización a cuya fidelidad los cuatro pilluelos se habían juramentado.

Aprobado el plan y distribuido el papel a las partes, la pandilla abandonó el cuchitril para tomar el camino del puerto sin advertir que la pequeña Elena, enterada de todo, les seguía cautelosamente las pisadas.

Y cuando Martín y Carlos, escondidos tras una estufa de sacos, aguardaban la señal para dar el golpe, la niña plantóse ante sus narices.

—¿Qué vez? —exclamó Martín con voz airada de talera para no ser oído—. ¡Afuera, intruso! No queremos mujeres.

—No me ire —respondió Elena con su vocellita de ángel y su entonación irrevocable—. He venido para ayudaros a dar el golpe. Quiero ser de la pandilla y lo sé.

Martin, hundidos en el fondo, alma sentimental, chasquéó la lengua con afectada contrariedad y musitó sinceramente:

—Bueno, has vencido. Quédate y ayúdanos.

Elena era ya de la partida. Su perseverancia había triunfado sobre la fiereza. En adelante, los cuatro galopines que la indigencia de sus padres lanzara diariamente al arroyo tendrían en su sociedad secreta, como los hombres en la vida de verdad, el aliento de una voz femenina en la derrota y la estimulante admiración en el triunfo. Desde los primeros días en que la veintidós los unió en los juegos de la calle, Elena no había soñado más que en ser la dulce confidente de la pandilla y la depositaria heroica de todos sus secretos. Al fin, lo había logrado.

La amistad leal de la niña con los cuatro pilluelos quedó sellada en aquellos instantes críticos para que no se perdiese jamás. Una hora después Martín, separado de sus amigos, se hallaba camino de un reconvaleciente, y la pandilla, sin jefe, se disolvía como tal para proseguir la vida sencilla de amistad.

El golpe había resultado fallido. Por una imprudencia natural de la edad, lo que pretendían limitar a una motinosa alarma de fuego resultó convertirse en el incendio de todo un almacén. Acudió el cuerpo de bomberos y la policía. La pandilla fue descubierta por uno de los agentes, pero tras una empujada persecución, logró solo alcanzar a Martín.

Ante el comisario de policía, el chico chucoso, con estorva leal, que en el intento de robar de frutas había actuado completamente solo y declaró que todos los cargos que se derivasen de esto a los aceptaba con plena responsabilidad.

No valieron en nada las observaciones del agente de que en aquel golpe había actuado con asistencia de otros chicos. Martín, temperamento integerrimo, alma elevada dentro de su envoltura material miserable, mantúvose firme como un titán. Todas las amenazas del comisario no le hicieron perder un ápice su noble y heroica resolución. Prefería la muerte, si ésta tuviese que alcanzarse en su temprana edad, a hacer la menor traición a sus queridos compañeros de la calle.

—Si no habías, me veré obligado a encerrarle en un reformatorio —amenazó el comisario.

—He hablado todo lo que debía hablar —concluyó el chico ya con malhumor y entereza—; no me queda más por decir. Puede usted hacer lo que yo quiera.

Y Martín fue encerrado con sus doce años en un reformatorio que debía cuidar de su educación, ya que no de sus altos sentimientos, por el dilatado espacio de cinco años.

CAPÍTULO I

EL CRIMEN DE «LA CASA REDONDA»

Han transcurrido quince años, Martín, Pepe, Cayetano y Carlos se han convertido en jóvenes gallardos, y Elena en una muchacha toda gracia y sentimiento. La vida, en su incesante rodar y corriendo sobre los sentimientos y disposiciones personales de cada uno de estos cinco encantables camaradas de la infancia, les había conducido por caminos distintos, pero no había logrado separarlos de la ruta ideal de fraterna hermandad que habían emprendido juntos en los días ya lejanos de una miserable y azarosa de la calle.

Carlos, el mayor, tímido y sentimental, había abrazado el sacerdocio de Cristo, convirtiéndose en el pastor de almas más ejemplar; Pepe y Cayetano, que le aventajaban en edad, como hermanos que eran, se habían decidido por la carrera policíaca. Los uniformados no dejaban su esperanzada ambición de con- y entranche, bien que aún no habían pasado de simples agentes, convertirse en nazacos y famosos detectives; por su parte, Elena, bécero encantador de trágicas y luminosas flores, se había convertido en una artista idolatrada. En cuanto a Martín, emprendedor, con toda su gigantesca e imponente nobleza y bondad, no se había podido sustraer a la atracción de los negocios más o menos turbios que derivan del vicio y cohesión, y alcañal, no sin demostrar sobresalientes cualidades de hombre creador, establecer y audazmente reedificar un café-restaurant en el que armonizaban hábilmente las variedades con la ruleta y las comidas lujosas a puerta cerrada. Era el que había logrado hacerse con una más ventajosa posición económica, aunque también había sufrido cubrir más extensamente su vida de enredos y delirios, simula y temerarios compromisos. El, en rigor, era el mismo, un chico grandote, rudo, corpulento, afectuoso, de mucha sonrisa franca, simpática y cordial, con un gran corazón capaz para todas las emociones y un cerebro sencillo incapaz de desarrollar la red de contradicciones en que torcía de continuo y en que se debatía no sin grandes desahogos de su conciencia de mortal pecador.

En ocasión había sido siempre tal vez aliro en su empeño de cerrar la vida adelante con el negocio del café sin incurrir en ruidos y escándalos que tuviesen posible continuación con la forma seria en que acostumbraban haberlo los profesionales de la delincuencia. De su vida del reformatorio y de sus escapadas intencionales con la pandilla no había quedado más que el recuerdo, y, por encima de todo, una gran conmemoración paternal por todos los años que la miseria arroja a la calle y una humana jargueta por remediar en lo posible el destino algunas de sus niñas. Alas, pese a sus esfuerzos por mantenerse puro de toda contaminación, la turbia concurrencia de su cafetín le había obligado a contratar a dos chicas, los cuales le resolvían las asuntos camorristas suciosos, generalmente, por truenos pegados que, después de saturar una cuanta de algunos miles de pesetas, se retiraban a su casa.

Con toda esta divergencia de temperamentos y de realidades, en algunos extremos hasta antagónicas teóricamente, los cuatro amigos habían conservado una tradición admirable de fraternidad que consistía en reunirse una vez al año en casa del mayor de ellos, o sea de Martín, y celebrar una comida íntima sazónada con todo aquel alburzo inocente que los cuatro hermanos y unidos en su amistad ríen. Elena, su hermana, hermana guadaña, no podía faltar en esas evocaciones reuniones anuales para embalsamar el aire con los dulces eflores de sus gracias de mujer.

Aquel año esa gran conmemoración prometía revestir un esplendor excepcional por ser el primero en que Martín explotaba el cafetín, que se había rotulado «Café de Amor».

La primera en llegar, como solía acontecer, fue Elena. Martín sintió escalofríos de dicha, porque... porque tememos el día de declararlo ya: desde que la linda niña se había convertido en hermosa mujer, había sentido hacer y crecer después, con fuerza avasalladora en su inmenso corazón, una pasión honda y sincera por ella.

—«¿Vienen los muchachos?» — exclamó la joven riendo alegremente.

—«Sí» — respondió Martín clavando amorosamente sus ojos en ella. — Pero, ojo: tenemos que hablar. Por la cuatringenta-septima vez quiero que nos casemos.

Elena arrojó su sonrisa de benevolencia un instante para detenerse seguidamente en compasiva tristeza: ella sentía por Martín el afecto que proviene de la sincera amistad; pero amor, no. Martín era un chico grande lleno de simpatía y bondad, pero no podía esa gallarda una de las guapas con quienes sueña una mujercita en plena floración de ilusiones. Si alguna emoción amorosa palpaba en lo más escondido de

su limitado corazón, estaba reservada a Pepe, que poseía la elegancia y la distracción de los gallardos amantes de la pantalla.

—Te equivocas —rectificó con humorística reprensión—. Esta es la cuarenta y tresava vez.

—¿Cuarenta de qué?

—No querrás que diga que no mientras tenga dudas, ¿verdad?

—¡Oh! ¡Tú quíteres a Pepe! —respondió Martín con sonrisa triste.

No habían escupido al buen Martín las muchas miradas ardientes de entrambos jóvenes al través de tantos años de pura amistad, y poco a poco, aunque fuese a costa de sacrificar sus más nobres sentimientos en una dura lucha de su alma, se iba haciendo con la confirmación de ver a Elena desprendiéndose de la dorada nube de sus ilusiones para caer en los brazos materiales de Pepe.

Iba a replantar con dejo amargo, cuando el dependiente que cuidaba de sus cuentas llamóle al despacho.

—Mientras voy a hablar con mi hermana —dijo, recuperando su buen humor— a ver si puedes de telefonar a Pepe y a Cayetano, que los estamos aguardando. Llama al Departamento de Policía, Sección de Accidentes, Prisión C.

Poco podían sospechar enramos que, en aquel instante de separación para ir a hablar con su dependiente, Martín forjaría inconscientemente un drama terrible entre sus cuatro amigos y su bella nieta.

Entre los clientes asiduos del cafetín que tenían cuenta abierta en él había uno, apellidado Lascort, es, que iba dejando en la ruina los jirones de camisa que todavía le quedaban de una ascendencia originariamente prósper entregada con un entusiasmo y una perseverancia dignos de mejor causa a disipar sus fondos en vida disoluta. Este hombre era un solomísimo belloco que había resuelto acumular un débito considerable en su cuenta del cafetín y luego estafarlo con toda la sangre fría. El otro día había perdido una considerable suma en la ruleta, y, creyendo llegado el momento de realizar su propósito, al ser requerido por el dependiente a pagar la factura englobada de las francachelas del mes, negóse chucamente a hacerlo.

El dependiente había llamado a Martín para enterarlo de esto. Martín, acostumbrado a moverse entre hombres de semejante caladura, con naturalismo sangre fría cogió el artículo y llamó al número del interesado.

—Martín si habla. Ojalá creo que ordenó usted al Banco que no me pague su débito de diez mil pesetas.

—En efecto —respondió con la más sosegada desvergüenza



Martín era un chico lleno de simpatía y bondad.



Jalán quedó un instante inmóvil, lívido, imposibilitado de moverse y de pensar.

Lascortales.— Es que el otro día estaba borracho y no debí haber jugado. Quizá la ruleta estaba mala.

—Usted sabe bien que yo no hago trampas.

—Eso quien lo sabe aun más bien es usted. En todo caso, yo no pagaré; procédeme, si quiere.

—Tengo muy otro que hacer. Por otra parte, barto sabe usted que no puedo procesarle por una deuda de juego.

—Entonces, señor Martín, respáchese a su gusto en este asunto; pero no se acuerde ya más de las diez mil pesetas que le debo.

Después, señor Lascortales; tengo mucho gusto en comunicarle que hay unos médicos infalibles de curar — terminó Martín, rotto seguro de sí mismo.

Sin aguardar respuesta, colgó el aparato y ordenó a su dependiente:

—Que venga Diamante.

A los pocos momentos introduciéronse en el despacho dos sujetos sórdidos y sigilosos como panteras. Uno era Diamante, y su compañero, un pobre diablo sin voluntad, llamado Sami. Eran los dos chulos del cafetín a quienes Martín pagaba para que le aligerasen de los problemas enojosos. Su contacto le repugnaba, angustiarmente el de Diamante, sujeto de moral solista, prumo al crimen y a la venganza, pero que se veía obligado a aguantar, dadas las características dudosas del cafetín.

—Lascortales rehusa pagar una deuda —dijo Martín—. Conviene que pague hasta el último céntimo; ya sabes cómo se arregla esto. Y también cual es mi deseo. No quiero sangre; asístale. Si tienes que usar de la fuerza, no le hagas mucha dano. Convéncele de que debo firmar un cheque bueno.

—¿Dónde vive?

—En la Casa Redonda.

Los dos chulos abandonaron el despacho para encaminarse rápidamente al encuentro de Lascortales, y Martín vino a reunirse nuevamente con Elena.

—¿Has telefonado a Pepe y a Cayetano?

—Sí; han dicho que saldrán dentro de cinco minutos si no hay ninguna llamada.

—Tengo verdaderos deseos de vernos reunidos. Este año quiero que haya mucha algacura.

Poco podía suponer que, con la orden que acababa de dar a sus dos chulos, iba a retardar la llegada de sus dos más íntimos amigos.

En efecto, Pepe y Cayetano, contentos y gozosos, se dispusieron a cambiar su uniforme con el traje de calle, cuando sonó el timbre de alarma del cuartelillo.

—¡Vaya contratiempo! —exclamaron a coro con mal hu-

mor—. ¿A qué inoportuno se le habrá ocurrido echarse por la ventana a la calle?

La «Sección de Accidentes» era una rama de la organización policial que estaba encargada de acudir a aquellos sitios en que ocurría una desgracia material fortuita.

—¿Qué ha ocurrido? — preguntó Pepe a su sargento.

—Un accidente en «la Casa Redonda».

Corrieron los dos hermanos al lugar del accidente con sus compañeros del pelotón C, hallándose con un hombre muerto en el calle y a su lado el anuncio luminoso que coronaba la «Casa Redonda», destruido. Se había desprendido, al parecer, de su asiento cogiendo al desgraciado debajo y destruyéndole el cráneo.

Cayetano aspiraba a llegar a ser un detective de fama, y su debilidad, cada vez que ocurría algún accidente, era entrar por una serie de laberínticas deducciones con el afán de descubrir en él el lado criminal. Tanto era así, que su sargento, un hombre escocchano al que no pegaban ni con cola las mejores preocupaciones, lo había bautizado con el mote de Sherlock Holmes. Siguiendo, pues, su inveterada costumbre, nuestro aficionado a detective empezó a acumular a su sargento a preguntas. Y la primera respuesta concreta que obtuvo fue la de que la víctima se llamaba Loscertales.

—Estaba sentado aquí cuando ocurrió el accidente — comentó el sargento.

Cayetano miró arriba y vio que el cadáver se hallaba precisamente debajo mismo de una amplia marquesina cuyos cristales le protegían completamente de la lluvia que hacía una hora larga regaba el asfalto de las calles y las ropas de los transeúntes. Luego, acercándose al cadáver, observó con asombro que sus ropas estaban completamente caladas.

—Entonces — dijo con gravedad detectivesca —, ¿cómo se mojó?

—¡Otra vez en tus trece! — exclamó el sargento, zafándose apesadumbrado del muchacho por miedo a que le abrumase con sus dudas y sospechas—. Bueno, a ver si os apresuráis a liquidar eso y nos vamos otra vez al redil; soy poco aficionado a los baños nocturnos.

Llevado de un raro presentimiento, Cayetano logró convencer a su hermano de que le acompañase al tejado para hacer una detenida inspección del sitio en que se asentaba la enorme tabla del anuncio luminoso. A los pocos instantes saltaba esta exclamación:

—Mira: el cable que proporcionaba el fido al anuncio está cortado.

—Bueno, ¿y qué pretendes tú con eso? — le interrogó Pepe con mal humor.

—¿Tú crees que a un anuncio que se cae se le corta automáticamente el cable?

—Deja eso, sujetemos el resto del anuncio y vámonos.

—Te voy a decir una cosa — dijo repentinamente Cayetano con profunda gravedad —: no dudes de que Loscertales ha sido asesinado.

—¡Pero si los detectives están convencidos de que ha sido un accidente!

—Pues yo sostengo lo contrario, y quiero investigar ese accidente.

—Yo voy a la reunión de Martín — replicó Pepe subiendo la escalera con decisión.

Cayetano siguió de mal talante y murmurando enfurruñado:

—¿No comprendes que si llegásemos a descubrir eso podríamos ascender a detectives?

CAPÍTULO II

AMOR Y MUERTE

Cuando los dos hermanos llegaron a casa de Martín, ya los aguardaban en ella, además de éste y la linda Elena, el reverendo padre Carlos.

—¿Qué os ha ocurrido? — exclamó Martín, bien lejos de sospechar que él era el causante indirecto de todo.

—Pues que tuvimos que ir a un accidente — explicó Pepe. Llevado de su sempiterna monomanía del detectivismo, Cayetano intentó dar la lata.

—Creo que descubrí...

Pero Pepe le atajó con explosión aburrida:

—¡Deja ahora esas cosas!

—¡Bueno! — concluyó Martín en una exclamación alborozada —: ¡Queda abierta la sesión actual!

Y, sacando con emocionada solemnidad la famosa tablilla en que Elena inscribiera torpemente su bello nombre aquella inolvidable noche ya lejana, la colocó en medio de la mesa como un galardón triunfal.

La comida transcurrió en un ambiente de palpitante fraternidad y repetidas veces la trémula evocación de una gesta heroica de aquellos tiempos de zurrapiertos les arrasó los ojos, mientras las manos buscaban estrecharse con entrañable emoción. Singularmente Pepe y Elena en sus mutuas miradas ardientes que centelleaban de puro y dulce amor.

Al terminar la comida, Martín reservaba al reverendo pa-

dre Carlos una demostración profunda de su grandeza de alma ejemplar. Imitándole disimuladamente a parte como continuado por un pudor angelical, y, alargándose un cheque, dijo:

—¿Te acuerdas de mi proyecto de fundar un club para muchachos sin hogar?

—Sí; me acuerdo perfectamente, Martín — respondió el sacerdote mirándolo con sus hermosos ojos dulces de místico.

—Pues bien, toma: este año he ganado bastante y ahí van veinticinco mil duros para que puedas principiar las obras.

—Veinticinco mil duros! — exclamó el padre Carlos con admiración.

Mas, repentinamente, acordándose de que aquel dinero era el producto de una vida de pecado, desvió el ademán del magnánimo Martín con dulzura y negóse amablemente.

—No, no puedo aceptar ese dinero.

Martín advirtió lo que pasaba por la mente de su gran amigo, e insistió con sincera vehemencia:

—Este dinero ha sido ganado honradamente, Carlos. Aceptalo: hazlo por mí.

—¡Oh! Quien dé un gimnasio para los chicos será un héroe para ellos.

—Y no quieres que lo sea un ex presidiario, ¿verdad? — inquirió Martín con sonrisa triste.

—Te equivocas, amigo mío: jamás olvidaré aquella acción generosa. Aceptando el reformatorio para ti solo, nos salvaste a todos. Nos diste una buena lección de heroísmo y generosidad.

Carlos estrechó con emoción la mano de Martín, y añadió:

—Empezamos con tristezas, pero podíamos haber acabado mal.

—No aceptas el dinero porque soy un jugador? ¡Bah, hombre! No es necesario que figure mi nombre en el pórtico del club. No rechaces algo que puede tener a los muchachos ocupados honestamente. Imagínate un gimnasio con duchas, equipo de boxeo y demás. ¡Ah! Un gimnasio así evitará que multitud de muchachos vayan al reformatorio.

Martín hablaba con sublime exaltación, en la que el recuerdo de su triste infancia, pobre y abandonada, que corría a la vera de la delincuencia, volaba con alas blancas de la más pura humanidad. Carlos no pudo resistir este admirable rasgo de caridad, y dijo con palabra entrecortada por la emoción: —Acepto tu donativo, Martín.

—Tú sabrás erigir esa casa para chicos con el respeto y el prestigio que emana de tu sacerdocio.

Y, señalando el cielo con ademán de ruda piedad, añadió:

—Eso que te doy es como un seguro por si me equivoco sobre lo que hay allá...

Carlos respondió con sentenciosa gravedad:

—Queda algún día podamos llamarlo el «Gimnasio de Martín Augusto».

Vinieron de nuevo al comedor, en el que hallaron a Cayetano convertido en un arpa de nervios.

—Pero qué vibora te ha picado esta noche? — exclamó Carlos.

—¡Ea que quiera ser detective! — explicó en tono chancero Pepe.

Tenemos que marcharnos — insistió Cayetano picado por su vida preocupada del accidente de «La Casa Redonda».

Elena dirigió una mirada ardiente a Pepe, y protestó.

—¿Sin antes bailar conmigo?

El joven sonrió y sin desplegar los labios rodóle el talle, y abriendo una puerta privada que comunicaba con el salón de baile del cafetín, principió el coqueteo de una danza en la que a Elena cupo la dicha de tener que atender más a las palabras ruidosas de su amado que a los movimientos rítmicos de los pies.

Cayetano sentíase en una marea nerviosa en su inquietud por correr a «La Casa Redonda» para proseguir sus detectivescas investigaciones. Martín le dio un apaladarazo rudo y fraternal, y para distraerle le preguntó con el sencillo interés de un buen amigo sincero, y a la par con dejo humorístico:

—¿Cuándo te sacuden a detective?

—Pero tú crees que esto que digo es una broma? Esta noche asesinaron a un hombre. Los detectives consideran el hecho como un accidente, mas yo afirmo que ha sido un asesinato.

—¿Y quién ha sido la víctima? — inquirió Martín.

—Se llamaba Loscertales.

Al oír este nombre, Martín tornóse livido como un cadáver y pasó su mano por la frente con angustia. ¿Había oído bien?

—¿Has dicho Loscertales? — insistió con palabra ronca.

Y, sin atender al asentimiento de su amigo, imaginóse en un segundo cuanto había ocurrido. Loscertales era aquel cliente suyo que una hora antes había rehusado pagar la cuenta del cafetín y contra el cual había enviado a su pareja de chulos; éstos lo habían matado. Sintió una angustia mortal, una presión angustiosa en el pecho. Era la primera vez que ocurría esto. A él le repugnaba la sangre: su conciencia se revolvía a la sola idea de que por su culpa alguien tuviese que perder la vida. Todo — el juego, el vicio en cualquier forma que se presentase — era aceptado por él, menos el crimen en que corríase la sangre.

—Era cliente mío — murmuró como hablando consigo mismo —. ¿Qué indicios tienes?

—Le cayó un anuncio encima, pero habían cortado los cables.

—¿Quién podía querer matar a Loscertales? — preguntó Martín, mirando fijamente a su amigo con inquietud.

—Eso es lo que quiero investigar esta noche... De manera que me voy; ya no puedo aguardar más — respondió resueltamente Cayetano, en ademán de irse.

Martín lo detuvo, y, dominiéndose por un instante, rogóle con sonrisa fraternal:

—¿Quieres irte sin bailar? ¡Bah! No seas impaciente. Mira: entra en el salón de baile y aguardame un momento, allí voy por una diligencia y estaré contigo al instante.

Cayetano cedió de mala gana, y Martín, cerrando rápidamente la puerta, llamó agitadamente a Diamante y a su pintoresco y pacífico escudero Sam. Estos habían llegado ya de su sinistra incursión a la Casa Redondas y se introdujeron en el despacho con visible nerviosidad.

—¿Qué habéis hecho con Loscertales? — bramó Martín, braceando con ira.

—Fue un accidente — respondió Diamante con sordida timidez.

—No quiero asesinatos; yo te dije que no le hicierais daño.

—Sí, pero lo que ha ocurrido. Quizá nos propasáramos.

—Explicáte — ordenó Martín imperiosamente.

—Le pegamos, y al ver que no se levantaba, me atribulé y no supe qué hacer...

—Le pegaste muy fuerte — interrumpió Sam con su mansa timidez.

—Cállate esa boca, idiota! — le increpó el chulo. Y volviéndose hacia Martín, prosiguió: —Acércame a él y vi que era ya cadáver. Entonces se me ocurrió una idea para despertar a la policía: como el anuncio luminoso estaba algo flojo por exceso del viento, que soplabá muy fuerte entre el aguacero, puse a Loscertales bajo el anuncio y se lo tiraron encima.

—Pues me habéis metido en un apolladero infernal. La Sección de Accidentes ha investigado el asunto; hay allí dos de mis mejores amigos, y acaban de decirme que sospechan que eso no ha sido un accidente fortuito, sino un crimen.

—Imposible — dudó Diamante, mirando fíeramente a Martín.

—Pues es como oyes, y lo comprenderás, valiente necio, cuando te diga que vieron que el cable estaba cortado.

Diamante soltó un terro abominable, y, volviéndose hacia Sam, le increpó: —¿No te mandé romper los hilos, idiota?

—Sí — se excusó el diablito levantando las espaldas con indiferencia —, pero me fué más fácil cortarlos.

—Debería reforzarte el galleto — gritó Martín, rojo de ira. Diamante, alma sordida siempre pronta a venderse al mejor postor, insistió con frío cinismo:

—¿No ha dicho usted que tiene dos amigos en la Sección de Accidentes? Pues vea si ellos pueden arreglar el asunto sin consecuencias.

Martín seguía gallardamente, e, hinchando el pecho con resuelto petre y digno, exclamó:

—Mis amigos los hermanos Pepe-Cayetano, son buenos.

—Entonces hay un único recurso — propuso Diamante —. Díce usted que los hermanos Pepe-Cayetano están ahí en el salón de baile... Pues procure que no salgan mientras Sam y yo volvemos a la Casa Redondas y eliminamos todo rastro.

—Bien — aprobó Martín. Y bruscamente añadió: —¿Y el cheque de Loscertales?

Una chispa viva y vil ardió en el fondo de las pupilas de Diamante. Vaciló un segundo y respondió:

—Lo he quemado.

—¡Magnífico, hombre! No podías terminar más estúpida-mente ese trágico negocio que ha tenido la mala ocurrencia de confiarle. Vete de mi presencia antes no te hunda el cráneo de un profeta.

Martín enderezóse rápidamente al encuentro de Cayetano, que era el más impaciente, para retenerlo con alguna conversación a fin de dar tiempo a sus dos misioneros de llevar a buen término la misión de borrar las huellas de su fechoría. Halló al joven de pie, nervioso y dispuesto a ir solo a proseguir sus investigaciones en la Casa Redondas. Se había cansado de aguardar a Pepe, el cual según bailando con Elena, transportado a un mundo de ensueño del que, al parecer, no estaba dispuesto a regresar hasta muy entrada la noche.

—Tengo que marcharme — exclamó Cayetano, impaciente. Este asunto de la Casa Redondas es muy importante; comprendes, y ya no puedo esperar más.

Martín le habría atado a la mesa, le habría contado las historias más maravillosas del amor para retenerlo en el café hasta el regreso de sus dos misioneros, pero pronto echó de ver que esto le sería totalmente imposible. En efecto, Cayetano pidió el sombrero y enderezóse hacia la puerta. Ya no había remedio; Martín se imaginó, con el consiguiente horror el drama que podría ocurrir si su amigo llegase al tejado de la Casa Redondas cuando Diamante y Sam se hallaban todavía en él. Asaltáronle la imaginación un tropel de figuras espantosas, parecible que veía a su entrañable amigo de la infancia entre un charco de sangre y a su espíritu acusándole en la eternidad. Dispuesto a evitar una desgracia, se hizo el propósito de seguirle, y sin detenerse, aliento sólo a la vida de

su amigo del alma, fingió la cortesía de acompañarlo hasta la calle. En rigor, lo que buscaba era preparar las cosas de manera que facilitasen el paso del mayor tiempo posible. Llamó un taxi y, al descuido de Cayetano, deslizó al oído del conductor estas palabras:

—Vaya todo lo más despacio posible.

Apenas Cayetano paró en el coche, Martín llamó a otro y montó a su vez, siguiendo al de su amigo a una distancia prudencial y manteniendo la misma velocidad. Su plan hublera surtido magníficos efectos a no ser por la nerviosidad de Cayetano y aun más por su carnet de policía, el cual mostró al conductor después que le hubo listado tan repetida como inútilmente, a que acelerase la marcha.

Excusado es decir que el señor lanzó el coche a toda velocidad y Cayetano alcanzó «La Casa Redonda» mucho antes que su amigo. Sin sospechar que éste le seguía, apesce de un salto y subió a la azotea. La espantosa circunstancia que tanto temía y quería evitar Martín se produjo con una precisión de sino trágica para Cayetano que habría hecho estremecer a aquél. En el instante en que el audaz joven puso los pies en la azotea, Diamante y Sam se hallaban en ella absorbidos por la tarea de cejar las huellas de su crimen.

Cayetano echó un grito de alegría. Exatamente lo que él había supuesto: Los certeros había sido asesinado. Su viva imaginación de sabroso inteligente se lo imaginó todo en un instante: aquellos dos hombres estaban allí para hacer desaparecer las huellas de su paso. Sacóse el revólver y, encaminado a entrambos malones, los atacó con palabras valientes e imperiosas:

—¡Quietos ahí y alzad los brazos!

Diamante y Sam, cvidos de improvisa, obedecieron; mas fue sólo por un instante; el primero era un luchador formidable y estaba habituado a salvar situaciones aun más comprometidas que ésta en que le acababa de meter el sacar pistola. Sin dar a éste apenas tiempo de quitar la palanca del seguro de su arma, saltó sobre él y entabló una lucha cuerpo a cuerpo. Cayetano, desarmado, defendióse con todas sus fuerzas y habilidades, que no eran pocas, pues se había formado en el pelotón con las luchas orientales; pero a Diamante le quedaba Sam todavía de reserva, el cual, robusto y brutal, entró en acción descargándole rápidos y potentes puñetazos en la nuca. Cayetano se tambaleó un segundo y Diamante aprovechó la ocasión para agarrarlo por el pecho y parar su furia sacudiéndolo contra el antepecho del tejado. En un esfuerzo sobrehumano, Cayetano logró reaccionar, aunque oponiendo ya las postreras fuerzas de sus músculos. Los dos valentones le levantaron en alto. Al otro lado del antepecho

se abrió el abismo, el vacío, formado por la altura de cuarenta pisos sobre el asfalto bruido de la calle.

Cuando Martín llegó frente a «La Casa Redonda», sudoroso, desvergonzado, jadeante, hallóse con un gran genio que, apurado en corro alrededor del cuerpo de un hombre tendido en el suelo, obstruía la entrada de «La Casa Redonda».

Movido por un terrible presentimiento, abrióse paso entre la multitud; pero el brazo nervudo de un agente de vigilancia lo detuvo.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Martín con voz ronca.

—Un policía se ha caído del tejado y se mató.

—Por favor, dígame usted: ¿se ha identificado ya el cadáver? ¿Se sabe ya su nombre?

—Sí, es Cayetano, de la Sección de Accidentes.

Martín llevóse la mano al corazón, logrando a duras penas alcanzar el raso de la calle sin caer desvanecido. Cayetano, su amigo entrañable de la infancia, aquel muchacho jovial por el que había sacrificado cinco años de su libertad cuando era un niño y por el que no habría vacilado en dar la del resto de su vida, acababa de morir por su culpa por la vil intriga que había surgido del caudal de sus terribles antepasados.

El pobre Martín, moecón, rudo, tambaleando su inceda de músculos por las calles desiertas, bajo la lluvia de aquella noche trágica, volvió sobre sus pasos, abrumado, renunciando a ver por última vez a su amigo muerto, temeroso de enloquecer.

En el cafetín, Pepe, después de haber vertido el nectar de sus palabras envenenadas de pasión al oído de Elena, dirigióse hacia la mesa en que había visto sentado a su hermano. No podía sospechar lo que ocurría; pues, fascinado por los ojos de su amada, le pasaron inadvertidos todos los movimientos de Martín y Cayetano. Al hallarse con que éste había desaparecido, llamó al cobrero y le interrogó:

—¿Dónde está Cayetano?

—Se ha marchado, señor.

—¿Y Martín? —insistió nuestro joven.

—También. Estará bebiendo con Cayetano; los he visto salir juntos.

No bien se había vuelto Pepe, sonriendo con benevolencia hacia Elena para hacer un comentario jugoso a las exageradas aficiones detectivescas de su hermano, la puerta se abrió apareciendo Martín. Llegaba pálido, con las ropas charrientes abrumada la frente por una tempestad de pensamientos ligubres y la mirada extraviada.

—¿Y Cayetano? —inquirió Pepe, fijando su mirada escrutadora en el recién llegado con visible estupeor.

Martín trató de perfilar una sonrisa forzada, y respondió

evadiéndose para disimular la torpeza que las lágrimas acumulaban en su garganta.

—Se marchó hace poco. Perdonad: necesito cambiarme de ropa.

Y, sin aguardar contestación, encamínase a sus habitaciones para encerrar en ellas su inmenso dolor. Pepe lo contempló con muda interrogación, viendo crecer su sorpresa no sólo por el inexplicable lenguaje de una boca como la de Martín, habitualmente chocarrera, jugosa y varbosa, sino por su boquedad y el aspecto derrochado de sus ropas.

El timbre del teléfono sacó de su estupor.

—¡Ahí estará Cayetano! — exclamó jovial, suponiendo que su hermano le llamaba desde la Prefectura para que fuese a ayudarlo a desenmarañar el enigma de «La Casa Redonda».

En efecto, le llamaban desde la Prefectura; pero el que lo hacía no era su hermano, sino el sargento de la Sección para comunicarle que Cayetano se había caído del tejado de «La Casa Redonda» y se había matado.

Pepe quedóse un instante inmóvil con el auricular en la mano, lívido, imposibilitado de moverse y de pensar. Su hermano, Cayetano, que era como decir la mitad de su vida, ya no existía... y se había caído de «La Casa Redonda».

—¿Qué ocurre, Pepe? — le preguntó Elena, alarmada por la dramática actitud de su amado.

—Cayetano... ha muerto... — pudo articular el joven con voz trémula. — Dicen que se cayó... pero no, no se cayó. ¡Pobre hermano mío! El tenía razón: Loscertales fué asesinado.

—¿Lo crees?

—Sí — respondió Pepe con una mirada renegadora que Elena no le había visto jamás: Loscertales fué asesinado... y Cayetano también.

CAPÍTULO III

EL JURAMENTO ROTO

En la tormenta de su apurada conciencia, Martín no tuvo el valor de declarar a Pepe la verdad de todo lo ocurrido, y éste cayó, por el peso natural de las hechas, en la sospecha de que tenía mucho que ver en la extraña muerte de su hermano. Una vez sola, reconstruyó con los más nimios detalles todo lo acaecido aquella noche y la injustificable salida de Martín con Cayetano para dirigirse a un sitio que todavía continuaba siendo un enigma para él: apareciéndose llena de un

intrigante misterio que se transformaba en indudable culpabilidad con la vuelta de su amigo media hora después, calado hasta los huesos, revuelto el pelo y visiblemente abrumado por un terrible desasosiego. Pepe pasó revista a la vida de Martín: cinco años de reformatorio, una existencia embrollada, metida en actividades varias y dudosas, y, finalmente, la compra del cafetín cuya básica actividad consistía en la ruleta y en la orgía. Poco a poco, por el método de las deducciones, que su profundo dolor precipitaba por caminos de exaltadas cavilaciones, llegó a la firme conclusión de que Loscertales había sido asesinado por los sayones de Martín. Si, esto es: recordaba perfectamente sus palabras cuando, al llegar él y su hermano de «La Casa Redonda», le notificaron el accidente: «Loscertales era cliente mío. Era, pues, lógico suponer que tendría alguna cuenta pendiente con él y que la había saldado quitándole la vida. Después, al ver que Cayetano se disponía a investigar a fondo al la muerte de Loscertales obedecía a un verdadero accidente fortuito o bien a un asesinato, le había quitado de en medio, matándole.

Bajo el influjo de esta composición de lugar, los sentimientos de Pepe cambiaron radicalmente de rumbo. Se vió penetrado de un odio mortal hacia su viejo amigo de la infancia. Martín ya dejó de aparecerse aureolado de heroísmo y generosidad, sacrificando su infancia para ahorrárselos a ellos cinco años de reformatorio; por el contrario, tomó la vitola repulsiva de un delincuente vulgar que había asesinado a su hermano. El juramento de perpetua amistad quedaba roto; en adelante consideraría a Martín no como su amigo, sino como su mortal enemigo, al que debía desenmascarar y entregar a la Justicia.

Animado por esta decisión inquebrantable se fué Pepe al encuentro del inspector Bezanhan, de la Sección de Homicidios, al que expuso detalladamente sus sospechas y los móviles que le habían inducido a concebirlas. Pero los detectives habían dado el caso por terminado, y todos los argumentos de nuestro joven estrelláronse contra la indiferencia y la incredulidad del inspector.

—No cesaré hasta aclararlo todo — aseguró rotundamente Pepe, no pudiendo dominar su despecho.

Y, completamente abandonado a sus propias fuerzas, se retiró en la soledad para meditar la forma de atrapar a Martín.

Mientras tanto, éste sentía subírsele el desasosiego dramático de su conciencia a la cabeza y tenía elloquecer. Esforzábale por justificarse a sí mismo el derecho de exigir a un cliente que saldase su cuenta, no haciéndose responsable de

las consecuencias que una cinta negativa de este cliente pudiera originar. Y Cayetano había hallado la muerte en unas circunstancias que él se había esforzado en no producir. El puntal culpable de todo era ese bruto de Diamante con su crueldad y su torpeza. Lívido de coraje, lo hizo llamar. Costó mucho trabajo dar con él. Diamante presentó al fin en compañía de su inseparable escudero Sam, pero con un plan diabólico que habría hecho estremecer al noble y atribulado Martín. Ya desde que había tenido necesidad de matar a Locertales no dejó de ignorar que su pellejo día a silla eléctrica, y, al efecto, comenzó a preparar las cosas por manera que la atención de la policía se concentrara en Martín. Al servicio de este plan, había guardado en su bolsillo el cheque de Locertales, mintiendo a Martín que lo había quemado. Y ahora se negó en principio a presentarse, porque uno de los extremos de su plan consistía en dar un golpe espectacular con miras a la policía para que Martín fuese prendido y desapareciera todo peligro presente y remoto para él.

—¡Por fin, te encontré! —bramó Martín al tener a Diamante en su presencia, sacudiéndole rudamente por los hombros dispuesto a hundirlos de un manotón—. ¡No sabes que has matado a mi mejor amigo, asesino?

El criminal encogió de hombros y respondió con todo el pleno cinismo de que era capaz.

Habló que decir entre él y nosotros... y usted.

Añadió esta última palabra entre dientes, con aire de insolente ambiguo protector, y Martín estuvo tentado de descargar sobre aquella cara repugnante la impetuosa indignación de sus puños poderosos, pero se contuvo, movido de su instinto de conservación. En las pupilas del rufián brilló una chispa de amenaza escalofriante que no había descubierto jamás. Y, al solo pensamiento de que Pepe llegase a saber que él era el culpable indirecto de la muerte de Cayetano, Martín sentía palpitarse el corazón.

—Has destrozado mi alma! —dijo con profunda amargura.

—En este negocio hay que tomar las cosas como vienen —replicó Diamante con su cínicismo frialdad levante.

—Esta vez ganas, cuballa. Pero vete de ahí y que nunca más te vuelva a ver —despidióle Martín, enfurecido, al tiempo que abrió la puerta y le señalaba la calle.

Diamante no esperaba otra cosa. Tenía esto previsto, y al salir del despacho de su antiguo amo dirigióse, con Sam, acompañado al lado, al encuentro de un sujeto de vida turbia, cuyos servicios había solicitado para echar sus planes adelante. El pobre Sam refuso en un principio sumarse a la or-

ganización, pues tenía instintivamente a Diamante, pero la voz imperiosa de éste le retuvo.

—Tengo un plan insuperable —dijo con avaricia— para concentrar las sospechas de la policía sobre Martín y al mismo tiempo para dar un golpe de púgna redoblado...

La argucia del criminal Diamante no se hizo esperar. Al día siguiente, mientras Pepe se hallaba en la Sección departiendo con el sargento sobre el intrigante tema de la muerte de su hermano, el timbre de alarma sonó.

—¡Ha estallado una bomba en el casino «Sueño de Amor»!

Al oír que se trataba del establecimiento de Martín, Pepe montó en la camioneta de guardia para dirigirse allá con el pecho lleno de un presentimiento febril para sus andas vengativas.

Al hallarse frente a frente con Martín, sus labios no pudieron sonreír como antes y sus ojos se clavaron en él con irreprimible resaca y brillantes de sorda amenaza. Martín le supo leer con todo el dolor de su corazón.

Se hizo la inspección de la caja de caudales, que apareció abierta y vacía, aunque Martín declaró que nada le habían robado porque era su costumbre la de guardar sus cabales en otro sitio para burlar a los eventuales ladrones.

Mientras la policía se hallaba procediendo a esta inspección llegó la noticia de que aquella misma noche había sido robada una importante joyería y los ladrones se llevaron objetos por valor de doscientas mil pesetas.

Al oír esta comunicación, Pepe, que tenía pronta la imaginación para las más fantásticas suposiciones respecto a la culpabilidad de Martín, puso en éste una mirada escrutadora y llena de odio. Pareció que Martín palidecía como atrapado en la garra delito. No había duda, Martín era un pistolero vulgar, un asesador que actuaba a la sombra de la que movía las sangrientas marionetas que robaban a la ciudad; esta vez había usado del ardor de hacer estallar una bomba en su propio establecimiento para atraer la atención de la policía, allá y así poder robar tranquila e impunemente en otra parte. Con este pensamiento firme en su mente le interrogó: —¿Estás seguro de todos tus empleados?

—De los efectivos, sí; pero es el caso que estos días he tenido once pintores...

—¿Quiénes eran?

—No sé; vinieron a pedirme trabajo.

—No los conoces, ¿verdad? —preguntó Pepe con ironía mordaz y desconfiada.

Y añadió, clavando sus pupilas relampagueantes en las de su amigo con penetración hostil:

—Pudieron poner la bomba al terminar el trabajo.

—Sí, pudieron...

—Quisiera equivocarme en lo que pienso. Oye, Martín: ¿se puede poner una bomba en un sitio para robar en otro? ¿Comprendes?

—Te comprendo, Pepe —respondió Martín con tristeza al adivinar el pensamiento de su amigo—, pero no procedas a la ligera. Podrías equivocarte.

Con el alma anegada en honda pena, Martín abandonó el despacho en el que quedó la policía para proseguir sus investigaciones. Apenas cerró la puerta a su espalda, hallóse con su dependiente que lo estaba aguardando. Era éste un hombrecillo diminuto y enclenque que le profesaba profundo afecto y le era particularmente fiel. Dirigiendo miradas resecas a su alrededor, acercósele con intrigante aire de misterio y le dijo bajando la voz: —Tengo una idea sobre esa explosión.

Martín le miró tristemente y respondió, poniendo en su voz la intonación de súplica y pena más hondas de su vida.

—¿También tú me crees culpable?

—No, al contrario; creo que el culpable es Diamante.

—¡Explícate! —exclamó Martín dilatando sus pupilas con alegría y rabia a la vez.

—Esta tarde he estado en su oficina y le he visto a él y a sus compañeros hablando con los pintores.

—No mientas —rogó Martín, zarandeando rudamente el brazo de su dependiente.

Convencido ya de que lo mismo la bomba que el robo de la joyería eran obra de la misma mano y de que ésta no era otra que la de Diamante, Martín enderezóse a la guarida de su ex chulo. Fue allá, además, con la certeza de que Diamante, en este golpe, había mabejado un arma de doble filo, con el propósito de comprometerla a los ojos de la policía.

Diamante le recibió como el señor poderoso que domina al mundo desde su tróncal invulnerable. Ahora ya tenía dinero y algunos aliados que le obedecían y le temían.

—Volaste mi pared mientras robabas en la joyería de al lado — acusóle Martín sin ambages.

—¡Hombre! Pues voy a indemnizarte por la pared — respondió el bandido con su habitual cinismo centuplicado.

Martín sobreentendió en esta frase petriante una táctica declaración de culpabilidad envarada y desvergonzada procedente de la conciencia de su poder, que él no podía aún adivinar, pero cuyo peso traidor no había de tardar mucho en sentir con todas sus trágicas consecuencias.

—Gracias —respondió con desprecio amenazador—, Quizá podrías hablar también a Pepe.

—No le conozco ni me importa. Oye, Martín, sé prudente...

El asesino dejó la frase en un vicio amenazador entreverado de burla compincha que levantó en Martín la más ávida indignación.

—¿Quieres que te diga una cosa? —dijo, clavando toda la amenaza de sus ojos centelleantes en el bandido—. Date un viajecito. ¿Has oído bien? Quiero indicarte con esto que te marches de esta ciudad, o tendrás que entenderlo conmigo. Mi orden queda en pie: te doy veinticuatro horas de tiempo para ejecutaria.

Lleba esto, Martín abandonó el cuarto con furioso estrepito de puertas.

Diamante estaba livida. Era un robardo, y como consideraba a Martín capaz de hundirle la cabeza en el pecho si se lo proponía, su amenaza había hecho en él huella profunda.

No la había hecho menos en el pusilánimo Sam, y como se dispusiese a alzarse para abandonar definitivamente la guarida, Diamante lo retuvo con un ademán.

—Aguarda. Voy a terminar eso. Nos he dado veinticuatro horas de tiempo para largarnos, pero el que se va a largar para la cárcel es él. Será el mismo Pepe, su entrañable amigo, el que le meta entre rejas. Escucha: tengo en mi poder el cheque que Loscertales me negó a pagar. ¿Os imagináis lo que va a ocurrir si envío este cheque a Pepe?

—Sí —opinó Sam, soltando un suspiro de alivio—, que se le aparezca claramente la complicitad de Martín en el asesinato de Loscertales y también en el de Cayetano, su hermano.

—Exacto, eso es —exclamó el bandido con ojos brillantes de cruel alegría.

Y, extrayendo el pequeño documento de su bolsillo, terminó con saña feroz:

—Pepe lo tendrá mañana en sus manos.

CAPITULO IV

EL ROBO DE «LA PISTA POLAR»

Diamante cumplió su palabra. Al día siguiente, Pepe recibió el cheque firmado por el difunto Loscertales acompañado con estas líneas: «¿Sabes dónde se hallaba Martín cuando asesinaron a su hermano de usted? — Un amigo».

Pepe estrujó el papel entre sus dedos. Una oleada de furiosa indignación le inundó la cabeza y, en lugar de acoger con la natural reserva una carta que firmaba embardemente un amigo, felicités de su intución al sospechar de la complicitad de Martín en el asesinato de Cayetano.

El cinico Diamante había sabido explotar oportunísimamente la desgraciada coincidencia de que Martín saliese en

segurantes de Cayetano en la trágica noche de autos.

Sepe ya no penso más que en la venganza. De su antiguo y sagrado juramento de lealtad a la pandilla ya no quedaba en su pecho, al parecer, el más palido rescoído. Y sepraba a hacerse la justicia por su mano como si ello hubiese de proporciónarle un raro y voluptuoso placer de monstruosidad. Quería matar a Martín.

Abrió un cajón para sacar el revólver y en el instante en que se lo metía en el bolsillo abrióse la puerta para dar paso a Carlos. Pepe le había querido llamar para contarle todo lo ocurrido y exponerle las angustiosas sospechas que devesaban su corazón. Estimaba en mucho el criterio y las consejos del bondadoso sacerdote y en este momento crítico de su vida lo necesitaba para que guiase luz en su espíritu confundido.

—¿Quieres hablarme? — le preguntó Carlos, después de estrecharle la mano.

— Ya no — respondió Pepe con desdén, seguro de poseer con el cheque las irrefutables pruebas de que Martín era un asesino.

—Sin embargo, ya estoy aquí y tu riesgo que abras tu alma, si no al amigo, al sacerdote — dijo Carlos, que, habiendo visto perfectamente como su amigo guardaba el alma, sospechó que ocurría algo grave.

—Entonces, ¿qué dirías si te asegurase que Martín es un ladrón?

Carlos publicó un segundo empujón; pero se retiró instantáneamente y respondió con toda la sinceridad de su gran corazón.

—Dites que le sollicite,

—¿Recordas cuando robabas lo que hizo para robar el almacén? Pues hoy ha hecho lo mismo en su restaurante; voló una pared mientras robaba una joyería.

—No lo creo — insistió firmemente Carlos.

—No lo crea — insistió iracundamente Carlos.
—Le certificaré mandó suspender el pago de este cheque que
había dado a María y éste lo mató... o le mandó matar,
como Cayetano sospechaba. Lee esto.

Pepe alargó a su amigo el cheque y la carta anónima que le había enviado el siniestro Diamante.

—¿Y crees culpable a un amigo por un accidente? — exclamó Carlos con paternal reproche.

—¡Oh!, no es esto sólo. Responde, Carlos —replicó Pope con el alma exaltada—: ¿quién sabía que Cayetano sospechaba algo? ¿María, ¿quién sabía que Cayetano se dirigía aquella noche a la casa de Rendón? ¿María, ¿quién estuvo en medio de la ruina cuando asesinaron a mi hermano? ¿María,

—¡Oh, Pepe!, amigo mío, estoy seguro de que te equivocas.



— Oye Martín — insistió Julián —. Se puede poner una bomba en un sitio para robar en otro.



Martin expiró con la sonrisa en los labios, aquella sonrisa inflexible y franca...

cas; ni estás cetado por la pasión. Reflexiona, quédate todavía un rato más en casa y piensa en la lesión de traicioner una amistad como la que nos mantiene unidos desde nuestra infancia... Te vi guardar el revólver; cámbalo.

—No; lo necesito para otro amigo — negóse Pepe, ya sin recato de declarar sus propósitos.

Y, como al decir esto hiciese ademán de dirigirse hacia la puerta, Carlos corrió el peso resuelto y valientemente.

—¡Quitate de delante!

—Pepe, si quieres salir, tendrás que matarme antes a mí.

—Nadie puede detenerme! — gritó el policía con exaltación, ciego de ira—. Quítate de ahí o disparo.

—Dispara — dijo con seriedad el sacerdote, a la flame que abría los brazos en cruz.

Pepe bajó la cabeza, confuso y avergonzado de tanta generosidad y heroísmo reunidos frente a su ciega pasión, y Carlos aprovechó esta ocasión para arrebatarse el revólver de la mano.

Teniendo, no obstante, que hiciese una barbaridad, encaminóse rápidamente al encuentro de Martín. Antes de que el conserje del cafetín cerrase la puerta, le ordenó:

—Si viene el señor Pepe no lo deje entrar.

Sus previsiones se vieron confirmadas. Pepe llegaba al café pocos minutos después que él. Su idea obsesiva era matar a Martín. El conserje trató de cerrarle la entrada, pero el joven policía le encasionó una pistola desde el fondo de su bolsillo, y el buen vejete, aterrorizado, a pesar de las órdenes de Carlos, no tuvo más remedio que franquearle la entrada.

En pocos segundos Pepe alcanzó el despacho de Martín. Carlos se hallaba conlándole a éste los pormenores de la entrevista que acababa de tener con él.

Apuntóle su arma y dijo con voz ronca:

—Tengo algo que decirte.

Carlos se interrumpió entre él y Martín, y en un arranque de indignación sacó la pistola que le había quitado poco antes y, apuntándole a su vez, le conminó:

—¡No dispares!

—Apártate. Déjame que haga justicia. ¿Crees haberme desarmado? Quedaba aún en casa la pistola de Cayetano; ésta es la suya.

—Baja la pistola.

—Baja tú la tuya — gritó Pepe con los ojos enjados de venidas de locura.

—Dispara, puta, si quieres. Prefiero morir antes que verte convertido en un sámano — dijo Carlos con sublime generosidad.

Pepe no pudo resistir tampoco esta vez la magnanimidad

de Carlos, y, después de dirigir una mirada de odio a Martín, guardó el arma y salió del despacho. Entonces Martín contó a Carlos toda la verdad de lo ocurrido.

—Yo no quería que lo matasen —terminó—... como no quisiera incendiar aquel almacén cuando éramos niños.

Carlos le abrazó, profundamente emocionado, y dijo con sinceridad: —Te creyó, Martín.

Inmediatamente convocó en su casa a Pepe. Tenía aun un resaca de esperanza en el alma: recurrir a Elena. ¿Quién sabe si haciendo terciar a la joven en tan grave asunto, lograría hacer entrar en razón al obcecado Pepe. Al efecto, procuró que la joven estuviera presente el día para el cual había citado a su amigo. Antes que el policía llegara, la puso al corriente de la tragedia.

Mas todo fue inútil: el amor y la ternura de Elena no lograron más que exacerbar, al cabo, el odio de Pepe contra Martín. Elena se lo reprochó, pues ella, como Carlos, creía sinceramente en la inocencia de Martín, y estaba dispuesta a llevar hasta el borde de la tumba el juramento de perpetua amistad de la antigua pandilla.

—No trataré de matar a Martín —dijo Pepe, desesperado—. No tré a la silla eléctrica, pero él sí irá. Lo matará la Ley: no yo.

Esa oscura criminal indignación tanto a la romántica Elena, que, después de hablar a solas con su novio, volvió a casa de Carlos para informarlo.

—Vengo a decirte que estoy de tu parte. Todo ha terminado entre él y yo. Pepe parece un loco. Nunca hubiera creído que fuese capaz de bajar a un nivel tan vulgar de pasión.

Cuando Martín se enteró de la generosa resolución de Elena, él, que aun siguiendo amándola con toda su alma se había propuesto renunciar a ella en bien de la felicidad de Pepe, lloró de gratitud profunda. El sacrificio de su amor secreto, hecho para no turbar el juramento de amistad, hallaba, por lo menos, aunque fuese entre aquéllos de tragedia, una generosa recompensa.

Pepe, solo, aislado y haraño, entregado por completo a las furias instintivas de su deseo de venganza, dio cuerpo de publicidad al asunto, y al día siguiente toda la Prensa lo comentaba en grandes titulares: «la causa de la muerte de Loscorrales». La suspensión del pago de un cheque que Loscorrales dio a Martín Arnedo fué la causa de un asesinato, según dice Pepe Augustos.

Al vez el sesgo que tomaba el asunto, Diamante, desde su guarida en que aguardaba los acontecimientos, se alarmó. Sam contrahuyó a meter el berrin en sus entrañas con esa reflexión.

—Supongo que Martín cuenta la verdad a la policía. Con tu enorme estrategia nos has metido en un tangle imponente.

Y, siguiendo su inveterada y divertida costumbre de liquidar las situaciones difíciles escurriéndose por la tangente, levántose y añadió: —Yo me marcho.

—¡Te te quedas! —le alzó Diamante con su rotundo aire autoritario—. Si eso es verdad: no quiero discutir la razón; tenemos que eliminar a Martín.

—Es que aun quedaría Pepe —suso Sam.

—Entonces, los eliminaremos a los dos —sentenció el valentón, alargando el bello de crueldad.

La gavilla se había enriquecido en la valiosa cooperación de tres perillanes de refinada crueldad. Uno de ellos era un pollo de singular postura, de crechas brillantes y mirada ardiente capaz de alcanzar las mas difíciles victorias en materia de amor. A éste se dirigió, pues, Diamante.

Oye, tú: mi plan es el siguiente: nosotros vamos al encuentro de Martín, al que, por las buenas o a tiros, le obligaremos a que tome parte en un robo que profesamos llevar a cabo en la fábrica de hilo «La Pista Polara». Tú, entretanto, te instalas en el «Hotel Amoralitas» y desde allí telegrafas a Elena diciéndole que eres un amigo de Pepe, que este se halla enfermo en el hotel y pide verla con urgencia para hacerle revelaciones de gran importancia. Vendrá la niña, y si procuras que no salga de allí. Eso será un excelente recurso para decidir a Martín a que nos acompañe al saqueo de la «Pista Polara», como no tardará en ver. Ahora bien: cuando Elena haya llegado al hotel comunicará a Pepe que tú eres quien le mandó el anónimo y que sabes que esta noche Martín se propone robar a los establecimientos de «La Pista Polara».

—¿Y adónde vas con eso? —inquirió el pollo, abrumado por tanta imaginación.

—Pues, sencillamente, a que Pepe venga a «La Pista Polara» para sorprender a Martín con las manos en la masa. Este coincidirá con el momento en que nosotros habremos introducido a aquí, en la cámara de los gases deletéreos que sirven para fabricar el ácido; será entonces muy fácil para nosotros dar vuelta a la llave de étna.

—Ya comprendo —interrumpió Sam—. Martín y Pepe morirán asfixiados.

—Eso es, pues nosotros tremas provistas de mascarillas protectoras.

—¿Y si Pepe viene con cien policías? —recusó atónitamente uno de los asesinos.

—No; vendrá solo; mas dice el corazón que está deseoso de meterle a Martín una bala en las reses por su propia mano.

—El plan que no podía ser más diabólico, se llevó a cabo.

y la primera en caer con todo su candor fue Elena. Antes, sin embargo, sorprendida por la inesperada y para noticia de la enfermedad de su amado, telefonó a Carlos, notificándole que iba al Hotel Esmeraldas a ver a Pepe.

No fue difícil cogerla en la trampa, a pesar de que el día anterior hubiese declarado solemnemente que entre ella y el policía todo había concluido; la llama del amor arde en su pecho con demasiada intensidad para que pudiese negarse a acudir a la llamada de Pepe.

Después que la tuvo en su poder el pollastre rubán encargado de ejecutar la orden telefonó a Pepe, cumpliendo el deber planificado por Diamante. Nuestro joven vio llegada la hora de su venganza, pues esta circunstancia le ofrecía la oportunidad de matar a Martín en cumplimiento de su deber de policía.

Mientras tanto, Diamante se presentaba ante Martín acompañado por tres miembros de su cuadrilla.

—¡Llegamos las paces! —le dijo con ironía protectora— En tanto planeando un robo y se daremos una parte.

—Siempre plenas en mí —respondió Martín, burlón y despreciativo—. ¿De qué se trata?

En el Pista Polara se celebra una gran fiesta. Nos producirá unas trescientas mil pesetas. Un cambio blindado recoge el dinero a las diez y media. Allí hay una gran instalación para fuego y carteras para gases. El golpe será relativamente fácil y hasta divertido, pues, mientras descargamos sobre los policías se asustarán. Necesitamos cinco hombres; por lo tanto, te doy esta oportunidad para que rehagas tu fortuna.

Martín clavó con azco sus ojos en los del chief; luego dirigió una mirada de inteligencia reservada a los tres valientes que asistían a la entrevista con mucha impasibilidad amenazadora. Comprendió al instante que era objeto de una tracción coherente. Su impulso fue el de lanzarse sobre Diamante y descompartirle las carteras, pero se contuvo, pues la lucha habría sido demasiado desigual. No obstante, tuvo aún el valor de erguirse y decir:

—¿Me crees tonto? Trataste de hacerme matar por Pepe y ahora vienes a rendirme peticiones.

Diamante sonrió con una mezcla de cínicos superioridad y preguntó: —¿No aceptas?

—No quiero morir esta noche —limitó a responder Martín.

—Te convenceré. Voy a llamar a Elena.

Y, ya quitándose completamente la careta, cogió el teléfono y llamó al Hotel Esmeraldas. La voz del pollastre que tenía a la joven secuestrada no tardó en dejarse oír a través del alambre.

—A ver si ese lindo pichoncito deja que oigamos su voz —le ordenó Diamante.

Y al mismo tiempo alargó el auricular al oído de Martín.

Conforme a lo convenido, el pollo obligó a Elena a que hablase, diciéndole que iba a hacerlo con Martín. La joven apoderóse impetuosamente del auricular, esperanzada, y clamó: —¡Martín, me tienen prisionera! —

Martín no pudo oír más porque Diamante le arrebató el auricular de la oreja.

—¿Vienes ahora con nosotros? —le examinó, sonriendo con cinismo.

El pobre muchacho sintió azopárselo la sangre a las sienes en una oleada de rabia y de dolor que sólo pudo contener por la misma causa que la determinaba: la salvación de Elena. Diamante añadió con retintín cobarde:

—Si vienes la soltaremos a media noche.

—Está bien, iré —respondió Martín con voz ronca.

Y dirigiéndose al cajón de su armario, sacó una pistola para armarse. Diamante le detuvo el ademán cuando se disponía a guardarla en el bolsillo, y cogiéndose para meterla en el suyo, le dijo: —No necesitarás esta pistola.

Martín advino que le habían condenado a muerte. Pero, como toda resistencia habría resultado inútil, partió con los cuatro rufianes hacia el Pista Polara, con la secreta esperanza de encontrar todavía la oportunidad de salir airoso de aquel mal paso.

Carlos no permanecía inactivo. Profundamente intrigado por la brusca enfermedad de Pepe y todavía mucho más por el raro hecho de que hubiese ido a alojarse su enfermedad en un hotel con el que ordinariamente no mantenía la menor relación, decidió a personarse en el establecimiento, y, después de preguntar por el número diecisiete, que era el de la habitación en que Elena le había dicho alojarse el amigo enfermo, subió al piso y llamó a la puerta. El pollo de las trancheas brillantes vino a abrirle, después de encerrar a Elena en el armario. Carlos quedóse un tanto sorprendido de ver aquel rostro desconocido, pero aun preguntó:

—¿Está la señorita Elena?

—Se ha equivocado, señor; esa señorita no vive aquí —respondió el bandido al tiempo que cerraba la puerta con visible apatía.

Como si una luz viva y veloz como la del relámpago hubiese cruzado su cerebro, el sacerdote alcanzó a presentir todo lo que ocurría y abalanzándose a uno de los numerosos teléfonos instalados en el corredor llamó a la oficina del hotel.

—¡Pronto! ¡El detective del hotel! En el cuarto número diecisiete ocurre algo. Que suba en seguida.

No podía ser más rápida su determinación. El detective forzó la puerta de la habitación y, tras una resistencia nula el magnífico pollo asesinado quedaba detenida y René recobraba su libertad.

Obligado a hablar, el pollastre contó cuanto sabía del plan de Diamante declarando que su objetivo era el de matar de una vez a Martín y a Pepe.

La hora del asalto había dado ya. La policía fue avisada y se dispuso a actuar inmediatamente. Pero Carlos no hubiera podido aguardar su acción sin exponer la propia vida para salvar a la de sus dos más caros amigos de la infancia, y corrió a «La Pista Polar». Lo que le horrorizaba era el pensamiento de que uno pudiese morir asesinado por el otro.

Cuando llegó, ya Diamante y sus acólitos habían logrado forzar la puerta de la cámara del americano e introducir en ella a Martín. Este era lo bastante avisado para imaginarse lo que pretendían, y, aprovechando un instante en que sus verdugos estaban absorbidos en la tarea de colocarse las máscaras, abalanzándose hacia la puerta para escapar. No podía haber escogido un momento más desgraciado: Pepe acababa de llegar, solo, y avanzaba hacia el interior de la cámara del americano, pistola en mano.

—¡Al fin he logrado desmascararte, asesino! — bramó con voz sorda.

—Sin vez, ganas — respondió Martín, con el alma destrozada —, pero quizá te pesé.

El rumor de este diálogo llegó a oídos de Diamante, el cual se volvió y vió a los dos jóvenes. Perdió una sonrisa de complacida crueldad. Ahora se iban a matar.

En efecto, Pepe apretaba ya el gatillo de su pistola. Mas en este instante surgió a su espalda la figura respetable de Carlos, el cual gritó:

—¡Pepe, amigo mío, no lo mates; yo te juro que es inocente! El generoso sacerdote llevaba todavía a tiempo de salvar a Martín, pero la mano criminal de Diamante había de destruir su obra. Suponiendo que Carlos había venido para poner las cosas en claro y, consentida de que si consensuó su objetivo el trío directamente a la cárcel, apuntó su pistola a Martín y disparó. El desdichado muchacho estalló un grito que hundió y se desoló herido en un costado.

Elena llegaba a su vez y se unió valientemente al dramático grupo. Pepe, viendo a su amada, repelió la agresión con el fuego de su pistola. Por fortuna, la policía hizo su entrada en este instante y le relevó del combate, reduciendo a la gaviota tras una lucha tenaz en la que Diamante halló la muerte.

Martín, todavía en el suelo, agonizaba rodeado de Pepe,

Carlos y Elena. El sacerdote había explicado a Pepe en pocas palabras toda la verdad de la muerte de Loccertales y Cayetano.

Pepe, con el alma estremecida de honda emoción, arrodillóse y apoyó la cabeza moribunda de su amigo en el brazo fraternal.

—¿Cómo te encuentras, Martín? — le preguntó con voz trémula y abegando los sollozos en el tormento espantoso de su pecho.

Martín logró sonreír en su agonía incesante, y, por toda respuesta, alzó trabajosamente el brazo y perfiló, con los dedos índice y pulgar unidos por su extremo formando un círculo, el signo distintivo de aquella pandilla que formaron cuando eran niños: consigna de fidelidad y de amistad perpetuas e inconvertibles.

Luego expiró, con la sonrisa en los labios, aquella sonrisa inefable y franca de chico que sacrificó un día su libertad para salvar la de sus amigos.

Pepe derramó abundantes y hondas lágrimas cruentas de arrepentimiento sobre el pecho de Martín, que había sido leal al amor hasta el borde de la sepultura.

Un año después se inauguraba con toda solemnidad el club para niños con el que tanto había soñado Martín. La profecía de Carlos se había cumplido. A pesar de que el dinero invertido en la filantrópica fundación fuese producto de negocios turbios, ésta recibió el nombre de «Campo de Juego Martín Augusto» para los niños de la «Cocina del diablo». Esta coletilla fue añadida en recuerdo de aquel muchacho que les sirviera de guardia cuando eran chicos.

La nobleza de alma de Martín compensaba los extravíos fatales de su existencia de huérfano abandonado en la calle.

Pepe y Elena asistieron a la inauguración felices y orgullosos. Pronto miraban sus vidas ante Dios y ante los hombres; Carlos los acompañaba con la satisfacción que produce la práctica del bien. De cuatro amigos y una musa, habían quedado tres. Los embates de la vida habían diseminado el haz fraterno, pero no la habían dispersado. Del combate y de la muerte se erguía la vida con toda su pujanza y su vigor: quedaba la pareja amante para seguir perpetuando la consigna de fraternidad, la pareja que un día contaría a sus hijos, alrededor de la ancha mesa cristiana y patriarcal que ella también había sido guerrillera y que de su diminuto juramento de amor había surgido una grandiosa aureola de felicidad.

Editadas

- * Núm. 1. *Suplente obscuro*, por Robert Taylor e Irene Dunne.
2. *El desfiladero perdido*, por Buck Jones.
3. *El gran impostor*, por Edmund Lowe.
4. *La vida de la Bohemia*, por Maria Eggert y Jan Kispert.
5. *La bandera amarilla*, por Hans Albers.
6. *Cuando cobramos a amor*, por Margaret Sullivan.
7. *El tigre de Sanapan*, por La Jana.
8. *La tumba india*, por La Jana.
9. *Muñecas internacionales*, por Lionel Barrymore.
10. *El cantante de Viena*, por Jan Kispert.
11. *Inventos reales*, por Charles Farrell y Jane Marlet.
12. *La marca de Cain*, por Noah Beery (hijo) y Jean Rogers.
13. *Una noche de provincia*, por Janet Gagner y Robert Taylor.
14. *Siete batallas*, por Lillian Harvey y Willy Fritsch.
15. *El Capitán Castañal*, por Olga Tschekowa y Karl Diehl.
16. *Noche con amor*, por Buck Jones y Edward Keane.
17. *Baila en el Metrópol*, por Henri Garce y Viktoria von Halaske.
18. *El poder invisible*, por Boris Karloff, Bela Lugosi y Francis Drake.
19. *El Rapto*, por Gustav Fröhlich y Walt Jansen.
20. *Entrevista*, por Buck Jones.
21. *Reinas Negras*, por Lillian Harvey y Willy Fritsch.
22. *Reine al Rey*, por Myrna Loy y Spencer Tracy.
23. *Caballería Negra*, por Marjorie Rink y Fritz Kramert.
24. *Amor de juventud*, por Sylvia Sydney y Herbert Marshall.
25. *Un mal caso*, por Keen Maynard.
26. *Sarcófago*, por Clark Gable y Jean Harlow.
27. *Crematorio Fido*, por Rodol Forster.
28. *El Trío de la Fortuna*, por Lillian Harvey y Willy Fritsch.
29. *La que apostó su amor*, por Betty Davis y George Brent.
30. *Cafallón*, por Frantiska Gual y Alms Ball.
31. *La Reina de los Tutores*, por Nora Falbea y Ladisl Aradwick.
32. *Desviando el asfalto*, por Kent Taylor y Arlene Judge.
33. *Orientes contra Occidente*, por George Arliss y Lucie Mannheim.
34. *El Doctor Schmitz*, por Paul Muni y Ann Dvorak.
35. *Kate Ford*, por Willi Forst y Hil Rinkmoller.
36. *El Anillo Secreto*, por Robert Young y Madeleine Carroll.
37. *Un par de Glucosa*, por Stan Laurel y Oliver Hardy.
38. *La Voz seductora*, por Maria Eggert y Paul Martinson.
39. *Basalla*, por Eleanor Powell y Nelson Eddy.
40. *La mujer al hacer*, por Zarah Leander.
41. *Quinta a Boxas*, por Stan Laurel y Oliver Hardy.
42. *La hija de Dracula*, por Gloria Holden y Otto Kruger.
43. *El beso recatador*, por Warren William y Gail Patrick.
44. *El ocaso del poder*, por Buck Jones y Dorothy Dix.
45. *Una semana en la Luna*, por Ann O'Dea y Hans Schuster.
46. *Concierto en la Corte*, por Maria Eggert y Johannes Heesters.
47. *Águilas nocturnas*, por James Cagney, Pat O'Brien y Jane Truila.
48. *Morris turbulento*, por Jack Holt, Diana Gibson y Grace Bradley.
49. *Luchadores del Oeste*, por Bob Baker y J. Farrell Mac Donald.
50. *La Dama de Montecarlo*, por Frantiska Gual.
51. *La ballarina blanca*, por Lillian Harvey y Karl Moching.
52. *El noble del Rey*, por Alberto Matierstock y Gerti Huber.
53. *Reinas de acero*, por Victor Mc Laglen y Binnie Barnes.
54. *Wolga-Wolga*, por Hana Adalbert y Wera Bugala.
55. *Valla prohibida*, por Noah Beery Jr. y Frances Robinson.
56. *Corriente*, por Lillian Harvey y Paul Stuart.
57. *Bisqueme una noche*, por Herbert Marshall y Jean Arlin.

* Agotadas.

PUBLICACIONES CINEMA

CALLE BAILLEN, 154

BARCELONA

N.º 58